

Reseñas

H. TRISTRAM ENGELHARDT JR. Y ARTHUR L. CAPLAN (comps.), *Scientific Controversies. Case Studies in the Resolution and Closure of Disputes in Science and Technology*, Cambridge University Press, 1987, X + 639 pp.

En los últimos años las controversias científicas se han vuelto objeto de estudio privilegiado para la sociología, la filosofía, y la historia de la ciencia.

Hacia finales de la década de los cincuenta se inició en la filosofía de la ciencia un cambio de visión sobre la propia ciencia, impulsado por trabajos de filósofos e historiadores como Stephen Toulmin, Norwood Russell Hanson y Thomas Kuhn. El interés de una buena parte de la comunidad filosófica se desplazó del análisis lógico de las teorías científicas y de los métodos de contrastación del conocimiento científico, al análisis de los factores extralógicos que entran en juego en la producción, evaluación, aceptación y desarrollo del conocimiento científico. Se hizo hincapié en que dichos factores constituyen entramados muy complejos que incluyen —entre otros elementos importantes— creencias y conocimientos previos, supuestos metafísicos, normas, valores, generalizaciones empíricas, técnicas específicas de investigación, y ejemplos paradigmáticos. Estos entramados son los que Kuhn llamó inicialmente *paradigmas* (que luego, al precisar la noción en juego, denominó matrices disciplinarias, y que son análogos a los que ahora suelen llamarse *marcos conceptuales*). Esta tendencia resultó convergente con otra línea de investigación proveniente del campo de la sociología. De hecho, las dos líneas se encontraron y dieron lugar a una corriente que se enriqueció ampliamente al absorber elementos provenientes de la *nueva* filosofía de la ciencia, así como de lo que también podemos llamar la *nueva sociología de la ciencia*.

En efecto, si bien dentro del campo de la sociología del conocimiento y de la ciencia pueden citarse antecedentes de primer orden, como el de Karl Mannheim por supuesto, o como el de Ludwig Fleck —prácticamente olvidado hasta hace pocos años—, en los años seten-

ta surgió con gran vigor una nueva corriente en la sociología de la ciencia, la cual se caracterizó por rechazar la sociología tradicional de la ciencia a la manera en que la había practicado típicamente, por ejemplo, Robert Merton en los cincuenta. Los nuevos desarrollos sociológicos consideraron que los factores condicionantes de la investigación científica afectan no sólo a las instituciones —como tradicionalmente se había considerado— sino también a los métodos y técnicas de investigación, a los criterios de evaluación, e incluso al *contenido* cognoscitivo propiamente dicho.

Lo que era indispensable para desarrollar y fundamentar esta tesis, tanto teóricamente como por medio de análisis de casos específicos, era precisamente lo que estaban ofreciendo Kuhn y sus seguidores: la elucidación de la noción de *marco conceptual*, entendiendo por esto el entramado dentro del cual surgen, y en su caso se aceptan y desarrollan las teorías científicas y por el cual las mismas teorías quedan condicionadas incluso en sus contenidos. Esto motivó a sociólogos y filósofos a realizar un análisis más detallado de los paradigmas (en el sentido de Kuhn), tanto en lo que respecta a su estructura y desarrollo, como en cuanto a sus relaciones y la manera en la que se insertan, influyen, y son afectados por el contexto cultural más amplio del cual forman parte.

Con todo esto se pretendía una mejor comprensión de los factores *epistémicos* que entran en juego en la producción, aceptación y desarrollo del conocimiento, por ejemplo, reglas de inferencia, normas y criterios que determinan lo que cuenta como evidencia pertinente en algún campo específico, y lo que cuenta como evidencia suficiente para justificar una cierta creencia, etc. Pero por otra parte el mismo trabajo de Kuhn fortaleció una idea central de esta nueva sociología del conocimiento: además de los factores propiamente epistémicos que condicionan el surgimiento y la aceptación del conocimiento científico, existen otros factores *sociales* que intervienen en dicho condicionamiento. Estos factores *no* pueden considerarse como *puramente epistémicos*, por razones que la teoría de la ciencia debe ofrecer y elucidar. Ciertamente, los esfuerzos recientes de las teorías sociales de la ciencia se concentran en la identificación y análisis de ese tipo de factores, manteniéndose, hasta la fecha, un profundo debate acerca de sus características, de su funcionamiento y de sus interrelaciones con los factores epistémicos propiamente dichos. En todo caso, como ejemplo de estos factores pueden pensarse los intereses éticos, económicos o políticos de grupos particulares, los cuales pueden influir de manera importante en el surgimiento y aceptación de creencias específicas como conocimiento científico genuino.

Vemos, pues, que las tareas de la filosofía y de la sociología de la ciencia han convergido en las dos últimas décadas, tomando seria-

mente el carácter social de la ciencia y del conocimiento científico, y por consiguiente tratando de elucidar con mayor precisión qué significa ese carácter social y cómo y hasta dónde eso afecta el contenido mismo de los conocimientos científicos, tanto como su surgimiento, aceptación y desarrollo. Dentro de ambas disciplinas se encuentra un amplio espectro de posiciones que interpretan de manera diferente el carácter social de la ciencia y sus implicaciones para el análisis del conocimiento. Pero mayoritariamente, hoy en día, se reconoce que la producción y aceptación del conocimiento científico está socialmente condicionada, por lo cual uno de los problemas prioritarios, tanto para la filosofía como para la sociología de la ciencia, consiste en la elucidación de la naturaleza y el funcionamiento de dicho condicionamiento.

En el contexto de esta problemática se ha considerado que las *controversias científicas* constituyen un objeto de estudio privilegiado, toda vez que al analizar los factores que entran en juego en el surgimiento, en el desarrollo y en la clausura de las controversias, es posible identificar los factores constitutivos de los marcos conceptuales, y por consiguiente analizar su estructura y funcionamiento, todo lo cual, a fin de cuentas, debe permitir una mejor comprensión de los factores que condicionan la producción, evaluación y aceptación del conocimiento científico.

Scientific Controversies, compilado por H. Tristram Engelhardt y Arthur L. Caplan, editado por Cambridge University Press en 1987, constituye un gran esfuerzo por reunir un número amplio de ensayos que abordan y analizan de manera sistemática el problema de las controversias científicas. El volumen contiene 28 ensayos escritos por filósofos, sociólogos e historiadores de la ciencia, así como por expertos en diversas disciplinas. Muchos de los trabajos incluidos son el resultado de investigaciones específicamente desarrolladas dentro de proyectos en los que algunos de los colaboradores del libro trabajaron juntos durante varios años a partir de 1978.

La obra consta de tres secciones, y está precedida por una ilustrativa introducción de los compiladores. La primera sección contiene 11 ensayos que discuten los problemas teóricos del análisis de las controversias, y sus implicaciones para las teorías de la ciencia que seriamente consideran su carácter social. La segunda sección se divide en cuatro partes, cada una de las cuales aborda algún caso específico de interés actual: la eficacia del *laetrilo* como sustancia terapéutica en el tratamiento de algunos tipos de cáncer; la caracterización de la homosexualidad como un tipo de enfermedad; los problemas de seguridad industrial y, finalmente, la controversia acerca de la conveniencia y seguridad del uso de la energía nuclear. La tercera sección vuelve a la discusión de problemas teóricos, particularmente sobre una de las cuestiones centrales que se plantean en la introducción y en la primera par-

te: el llamado *problema de la clausura de las controversias*, es decir, el problema de las diferentes maneras en las que una controversia llega a un fin, lo cual no necesariamente ocurre por el acuerdo racional de todos los participantes en aquélla. Por el contrario, en muchas ocasiones las controversias terminan por la intervención de factores epistémicos y no epistémicos que actúan por medios que no son precisamente las discusiones racionales. ¿Cuáles son esos factores y cuáles los medios por los que actúan? Este es uno de los problemas centrales que se abordan en el libro.

En efecto, una de las aportaciones más interesantes de esta compilación es el análisis de los diferentes factores que dan origen a las controversias, así como de los diversos tipos de clausura de las mismas, y de los diferentes factores que determinan tales tipos de clausuras. Ciertamente, uno de los aspectos que este volumen trata de mostrar es que la clausura y el desarrollo de las controversias, en pocas ocasiones obedecen a discusiones racionales, y las más de las veces están fuertemente determinados por factores éticos, económicos y políticos.

Pero más aún, el libro tiene profundas implicaciones sobre el problema de la inexistencia de “hechos brutos” o “hechos descontaminados de concepciones teóricas”, toda vez que discute la imposibilidad de resolver disputas sobre *cuestiones factuales* en términos *neutrales y desinteresados*, o dicho con mayor precisión, que la *formación* de las *cuestiones sobre hechos*; y en su caso las *diferencias* que surjan alrededor de ellas, están determinadas por factores epistémicos y no epistémicos; y dentro de estos últimos los intereses éticos y políticos desempeñan un papel importante. Así, en el libro se hace hincapié en que la formación de lo que aparentemente son cuestiones de *hechos*, tanto como los debates alrededor de ellas, y en su caso la terminación de las controversias, que por ser precisamente sobre cuestiones *factuales* parece que deberían resolverse de una manera puramente científica y valorativamente neutral, lejos de ello, se producen, desarrollan y resuelven bajo una ineliminable influencia y un condicionamiento de factores extracientíficos y no epistémicos. Esto es lo que se subraya en los cuatro casos que se discuten en el libro: si el *laetrilo* tiene eficacia en el tratamiento de ciertos tipos de cáncer, si la homosexualidad es una enfermedad, si la energía nuclear es realmente segura, y si determinadas condiciones, digamos ciertas concentraciones de algunas sustancias en talleres o industrias —y bien podríamos agregar en el ambiente de alguna ciudad— son efectivamente tolerables y no causan daños mayores a los seres vivos.

Parte de la riqueza del volumen podrá apreciarse al mencionar algunos de los tipos de clausura, es decir, de maneras de que terminen las controversias, que se mencionan en los diversos trabajos, y que varían desde casos en los que falta voluntad para apelar a la razón, hasta

aquellos en donde se muestra la capacidad de la razón para resolver una disputa encontrando una solución realmente racional que llame al acuerdo, pasando por casos en los que se fracasa en apelar a la razón y, finalmente, casos en los que la razón misma fracasa en proponer soluciones que logren acuerdos. En la introducción los compiladores resumen algunos de estos tipos de clausura de la siguiente manera:

1. Clausura por la pérdida de interés por parte de los participantes en la controversia.

2. Clausura por medio de ejercicios de poder. Nadie continúa la disputa por temor, o porque todos los oponentes han sido eliminados por la parte más poderosa (donde el poder en cuestión no es precisamente de tipo intelectual).

3. Clausura por medio de un consenso, entendiendo éste no como el resultado de una discusión racional, y ni siquiera como el resultado de una negociación o del seguimiento de procedimientos de acuerdo bien establecidos, sino entendido como un acuerdo producido de hecho por factores no epistémicos; por ejemplo, mediante la conversión a una religión que obligue a los conversos a sostener ciertos puntos de vista, como podrían ser las tesis creacionistas.

4. Clausura por medio de una argumentación sólida. En este caso se diseña una solución por medios racionales y los sujetos que participan en la controversia, comportándose racionalmente, pueden ver que la solución es adecuada, por lo menos en términos de la evidencia disponible. A la vez, es necesario analizar más a fondo lo que puede significar una argumentación sólida, pues la mera idea de argumentación presupone reglas de inferencia y criterios para la aceptación y rechazo de evidencia, y esto puede ser precisamente objeto de la controversia, el cual a la vez puede admitir una resolución razonable en algunos casos, pero no en otros.

5. Clausura por medio de la negociación. El parecido de este tipo con la resolución de discrepancias políticas no es casual, aunque se trata de una analogía y no debe tomarse como una semejanza completa. El punto central se refiere a que no existen procedimientos racionales claramente establecidos para dirimir la disputa, sino que deben irse identificando los diferentes niveles de discrepancia y fabricar un complejo tejido de acuerdos —que pueden conseguirse por medios razonables—, por ejemplo mediante el acuerdo sobre la relevancia y la autoridad de un cierto procedimiento, la pertinencia y admisibilidad de ciertas reglas de inferencia, la aceptación de cierto tipo de elementos como evidencia pertinente, etcétera.

Estos tipos no pretenden ser exhaustivos y deben considerarse como tipos ideales de clausuras, los cuales pueden ser útiles para el análisis de episodios específicos. Las más de las veces en los casos concretos se encuentra una combinación de varios tipos, lo cual refuerza la idea cen-

tral del volumen de que las controversias científicas constituyen episodios que ponen de particular relieve los factores epistémicos y no epistémicos, racionales e irracionales, valorativos y políticos, que entran en juego en la definición de los problemas y en el desarrollo de las disputas alrededor de ellos.

El alcance del libro, pues, es bastante amplio: su enfoque sobre la noción de controversia científica permite entender mejor las cuestiones sobre cambio conceptual y desarrollo del conocimiento científico que han dominado las preocupaciones de la filosofía de la ciencia en las dos últimas décadas; arroja luz sobre la tradicional disputa acerca de la neutralidad valorativa de la ciencia, ofreciendo un instrumental teórico y análisis de casos específicos dignos de tomarse en cuenta, los cuales permiten entender mejor la intrincada relación entre hechos y valores, particularmente la conformación de los primeros a partir de marcos conceptuales en donde los segundos desempeñan un papel central. Finalmente, el libro resulta de interés también por su proyección para comprender los tipos de argumentación y en general las estrategias —tanto racionales como no racionales— para convencer (o a veces para vencer) a los adversarios en una disputa, en este caso sobre todo las que son aparentemente *científicas*, y por lo tanto en apariencia menos sujetas a factores distorsionantes como lo están las disputas abiertamente ideológicas o políticas. El libro muestra que si bien existen marcadas diferencias en uno y otro caso —las controversias científicas caracterizadas por resolverse en términos de los hechos, de observaciones sobre los mismos, y de discusiones racionales acerca de los hechos y las observaciones—, las analogías y los puntos de convergencia entre ambos tipos de controversia resultan más ilustrativos y esclarecedores para comprender unos y otros de lo que la filosofía, la historia y la sociología tradicional de la ciencia han estado dispuestas a admitir hasta ahora.

Todo esto hace que el libro tenga también interesantes consecuencias para las concepciones sobre el diseño y la realización de políticas de apoyo a la investigación científica. Como correctamente señalan los compiladores, las propuestas que se hacen en el libro no llevarán al término o clausura de las controversias acerca de los difíciles temas que ahí se abordan, y de otros sobre los cuales dichas propuestas tienen consecuencias de interés; por el contrario, el libro mismo es un muestrario de disputas acerca de la noción de “controversias científicas” y del modo de enfrentarlas, pero ofrece sin duda algunos ensayos estimulantes acerca de los problemas teóricos que deben dirimirse, y ofrece análisis de casos que están bien documentados y que se realizan a la luz de interesantes perspectivas teóricas, por lo que significan importantes aportes a la discusión del tema. Se trata, en suma, de un libro con contribuciones mayores a la filosofía; la historia y la sociolo-

gía de la ciencia en uno de los puntos en los que hoy en día pocos dudan —creo— que estas tres disciplinas convergen, y sobre el cual deben brindar propuestas positivas para constituir una teoría de la ciencia más realista, es decir, más adecuada a la manera en la que la ciencia de hecho se hace y se desarrolla. Quien quiera ilustrarse sobre estas cuestiones deberá leer este voluminoso pero estimulante libro, con la seguridad de que el esfuerzo será ampliamente recompensado.

LEÓN OLIVÉ

JOSÉ ANTONIO, ALONSO, *El mito de la neutralidad*, Hispánica, México, 1989

Al tomar en mis manos el libro de José Antonio Alonso, me atrajo la palabra “neutralidad” incluida en el título. Ello me llevó a indagar el tratamiento que le da no sólo en *El mito de la neutralidad* sino también en su libro de *Metodología*, cuya primera edición fue publicada en 1977 por Edicol.

El tema de la neutralidad, tema epistemometodológico, está desarrollado con detenimiento en las páginas 132 a 135 de la *Metodología* y en las 13 a 18 de *El mito de la neutralidad*.

En esas páginas plantea, para refutarlo, que el concepto de neutralidad supone que *i)* en la relación sujeto objeto el primero sólo mide y observa; y *ii)* que el sujeto organiza (libre de valores) los hechos, ordenando de esta manera una realidad amorfa. En otros términos, la flecha va desde el objeto al sujeto.

Concebida así la neutralidad, el investigador establece enunciados elementales por correspondencia con los hechos y por medio de reglas de composición lógica genera proposiciones y teorías.

Se entiende por medir poner en correspondencia las dimensiones cuantitativas de la sociedad con un sistema numérico.

La descripción que nos proporciona José Antonio Alonso es oportuna porque caracteriza una epistemología que si bien ya ha sido superada por el mismo empirismo lógico, muchos investigadores de América Latina aún no se han enterado de ello.

A partir de la obra de Russell Hanson, *Patterns of Discovery*, quedó claro para el empirismo que los observables son teóricamente contruidos, conclusión a la que ya había llegado Lukács (como lo afirma Alonso en la página 134 de su *Metodología*), y la epistemología genética a comienzos de los años treinta.

La concepción moderna de medir remite a un lenguaje corriente

plio en términos de producción y distribución, y se dirige a los factores estructurales que determinan las opciones de los individuos.

Es decir, la perspectiva histórico-estructural localiza los comportamientos individuales y domésticos dentro de las relaciones que mantienen, por así decirlo, distintos sistemas sociales.

Es evidente que la explicación de las migraciones que proporcionan ambas perspectivas son harto diferentes.

En la primera parte del libro la utilización de las categorías del análisis histórico-estructural en lugar de las explicaciones basadas en comportamientos individuales sirven de hilo conductor para seguir el razonamiento del autor, que resulta ser el mismo del libro, Alonso. El primer trabajo muestra por medio de un análisis multivariado las determinantes individuales de la "independencia" femenina en Guatemala en 1973. Encuentra así una relación entre el trabajo fuera del hogar, el nivel de educación y la independencia de la mujer y una relación entre lo que en esa época llamó clase social (medida por el ingreso del esposo), el trabajo fuera del hogar y la independencia de la mujer.

El segundo trabajo, "El Estado mexicano frente a las zonas urbanas marginadas", que corresponde a una investigación de campo desarrollada entre 1974 y 1977 en Ciudad Nezahualcóyotl, estudia la industria domiciliaria, no sólo en el ámbito doméstico o de la mujer, sino en el de las relaciones que mantienen estas microindustrias con el capital formal, y focaliza los flujos de plusvalía que circulan por las venas de la industria de la confección en México. Al mismo tiempo destaca el papel del Estado que legitima y apoya la explotación.

En el tercer trabajo de esta primera parte Alonso hace una comparación teórico-metodológica de los estudios recién descritos, obviamente, mucho más completa y detallada que la que he realizado en esta presentación. El mismo autor vuelve a hacer una evaluación metodológica, al finalizar el libro, de la emigración rural michoacana, incluyendo el trabajo realizado en la Purísima y que dio origen al trabajo de Paz Triguero, "Migración y vida cotidiana", incluido en la segunda parte de la obra. Se enfoca el estudio de la migración hacia los Estados Unidos, desde una perspectiva histórico-estructural, examinando las características de las comunidades, de las familias y de la fuerza de trabajo que emigra a aquel país.

Podríamos decir que el libro es una clara extensión del capítulo VI de la *Metodología* (que por lo demás es el propósito declarado en la introducción), donde el autor expone el itinerario de un intelectual europeo que adquiere su formación profesional en los Estados Unidos, al fragor del tránsito que se produce en la ciencia social de América Latina entre fines de los sesenta y durante los setenta, periodo en el cual el marxismo cambia el overol por la toga y el birrete y que, jun-

to con el impacto de los alumnos de Althusser que tuvieron que salir de Francia (y muchos de ellos directamente de Nanterre) y el movimiento intelectual contestatario de América Latina, sito en Santiago de Chile por los avatares de la política (así como posteriormente se encontraría en México), promueven el maridaje entre la teoría de la dependencia y el estructuralismo althusseriano.

La narración que nos presenta José Antonio de su biografía intelectual se limita al ámbito académico, lo que resulta insuficiente para mostrar las inflexiones en el concepto de neutralidad utilizado en América Latina. Tal vez se logre una mejor aproximación si se enriqueciese con la consideración de la situación política de la región en los alrededores de los setenta, ya que la discusión de la época se centró en la organización y la transformación de la sociedad en direcciones claramente definidas por los actores políticos en pugna.

FERNANDO CORTÉS

DANIEL JAMES, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class (1946-1976)*, Cambridge University Press, 1988

Con el triunfo de Carlos Menem en las elecciones presidenciales celebradas a principios de junio de 1989 en Argentina, se hace indispensable recapitular sobre las principales características que asume el fenómeno peronista en dicho país. La tarea se facilita considerablemente con la lectura del libro de Daniel James, historiador de la Universidad de Yale, sobre el vínculo entre el peronismo y la clase obrera.

James recoge los resultados de una larga reflexión sobre el peronismo, parte de la cual ya había publicado en *Journal of Latin American Studies* (vol. 3, núm. 2, 1981) que se caracteriza por una gran empatía y ecuanimidad. La densa presentación de los acontecimientos del periodo 1946-1976, en la que introduce una serie de comentarios analíticos y de reflexiones personales, no limita este texto a una simple narrativa sino que, al trascenderla, se convierte en una visión profunda en la que los hechos adquieren vida. Alcanzamos así a *comprender* la historia del periodo peronista y posperonista, momento tan desconcertante como central en la historia contemporánea de Argentina.

El texto se centra en los años que siguieron a la destitución de Perón en septiembre de 1955. Se distinguen, después del capítulo introductorio (dedicado a recapitular el periodo peronista de 1946 a 1955), cuatro momentos: a) la resistencia peronista (1955-1958); b) Frondizi

y la integración (1958-1962); c) la era de Vandor (1962-1966); d) los trabajadores y la revolución argentina: de Onganía al regreso de Perón (1966-1973).

El primer momento describe la reacción peronista al golpe del general Lonardi y subraya la gran intensidad que ésta alcanzó a pesar de que al final, fracasó. En todo caso, en el texto este momento ocupa un lugar importante porque ilustra cómo obreros comunes y corrientes no se quedaron inmóviles cuando su líder máximo fue derrocado. James destaca cómo la ideología peronista "formal" coexistió en esos tres años con la acción de la resistencia articulada a un sentido intenso de solidaridad. Aparece aquí lo que pudo contribuir a explicar la supervivencia del peronismo: una postura *obrerista*, profundamente internalizada entre los trabajadores argentinos e identificada con la afirmación de la existencia de la clase obrera. El detallado trabajo documental realizado por el autor le permite reconstruir las diversas fases que recorrió este proceso de resistencia al dominio militar y la forma en que el actor peronista logró permanecer en el espacio político argentino por medio de la rebelión de los trabajadores en las fábricas. También indica cómo este proceso contribuyó a la generación de nuevos líderes sindicales que, más tarde, reivindicaron este compromiso con el líder máximo como prueba de su fidelidad. Es posible considerar los capítulos finales de esta sección del libro como útiles para ilustrar una fase poco conocida de la historia del peronismo después de 1955. En ellos se hace un esfuerzo por reconstruir el *ethos* del movimiento tal como se encarna tanto en la ideología como en la conciencia obrera y por presentar así un cuadro cualitativo, de historia social más que una simple reconstrucción de los hechos.

En la tercera parte del libro se trata de mostrar cómo fracasaron los intentos de resistencia y de analizar de qué manera el presidente Frondizi, pudo, después de un pacto con el peronismo que le ayudó a ganar las elecciones presidenciales de 1958, desconocerlo y eventualmente poner las bases de un modelo de desarrollo en el que los trabajadores debían ocupar un lugar subordinado. Aquí se describe la transformación de la práctica de los dirigentes peronistas que, surgidos en el periodo de la resistencia, terminaron por aceptar que debían cambiar la postura intransigente del sindicalismo y negociar las condiciones en las que podrían volver a insertarse en la estructura institucional del país. Este liderazgo, que eventualmente pasó a ser dirigido por Augusto Vandor, buscó consolidar a la Confederación General del Trabajo (CGT) como interlocutor del gobierno y para ello contó con algunos dirigentes políticos que pensaron que de esa manera podían deslizar al movimiento obrero de su adhesión a la figura de Perón. Pensaban que era posible transformar al sindicalismo en un agente negociador sin pretensiones políticas. Ese cálculo fue erróneo ya que, en las elec-

ciones de 1962, en las que Frondizi dejó participar al peronismo como fuerza política pensando quizás que no iba a obtener un apoyo electoral significativo, éste apareció como una fuerza política poderosa y capaz de obtener el apoyo de partes importantes de la población argentina. Daniel James habla aquí de la consolidación de la línea del *pragmatismo institucional* que en adelante se transformará en el núcleo de la retórica y de la acción peronista y cuyo liderazgo asumiría Vandor.

La cuarta parte del libro tiene el propósito de describir la puesta en práctica del proyecto de Vandor por medio de la burocratización de la acción sindical. En los capítulos de esta sección se abre paso la hipótesis de James, ligada a una interpretación positiva de este proyecto en el cual la burocratización del sindicalismo, identificada sobre todo con la formación de un aparato dirigente permanente en la CGT, no invalida al proyecto político peronista. Dice James:

El proyecto integracionista del liderazgo sindical debe analizarse sin recurrir a las implicaciones morales siniestras asociadas tradicionalmente con el integracionismo en el discurso peronista si es que deseamos analizar este proceso y sus límites en forma adecuada [...] La lógica de la integración y el pragmatismo institucional era inescapable tanto para dirigentes como para dirigidos (p. 253).

Sin embargo, James anota que a pesar del proyecto vandorista, éste nunca pasó a formar parte del *establishment*; era meramente tolerado por generales, empresarios y altos representantes de las empresas. Vandor llevó siempre el estigma de su origen obrero y los grupos dirigentes conservaron sus suspicacias frente al movimiento de los trabajadores. Agrega James:

La línea fina que transita el liderazgo sindical entre la integración y la oposición se hace más clara si se toma en cuenta que las ganancias efectivas que se podían obtener eran bastante reducidas. El sistema ofrecía sólo la apariencia de una integración sin sustancia efectiva, que toleraba las actividades políticas y económicas del liderazgo mientras aseguraba que nunca podría asumir efectivamente el poder que esta tolerancia otorgaba, lo cual los llevó a celebrar el fin de este juego debilitador bajo la forma del golpe de 1966 (p. 255).

Por otro lado, la aceptación del liderazgo burocratizado por la base obrera se explica en función de la experiencia concreta de los trabajadores en las derrotas de 1959 y 1960 que demostraron la ineficacia del modelo militante. Se vieron forzados a acomodarse con el sindicalismo negociador que defendía la dirigencia máxima de la CGT. Tocó dar este viraje a los que fueran activistas en el periodo 1955-1958 y que

posteriormente conformaron los cuadros dirigentes locales cooptados por los líderes nacionales. Además, la consolidación del liderazgo vanguardista puede explicarse por la existencia de una estructura institucional en la que no cabía la participación sindical de la base. La negociación colectiva se sitúa al nivel nacional y por ramas económicas y ello acarrea la necesidad de construir un aparato negociador situado en ese mismo nivel. La movilización obrera que había tenido lugar en el período 1955-1958 se explica por la estrategia estatal de dismantlar esa estructura de negociación en la cúspide. Puede afirmarse, entonces, que la estructura institucional de la CGT favorece la pasividad de la base obrera y desincentiva la movilización.

Por último, James defiende la idea de que la experiencia de los trabajadores peronistas después de la caída de Perón desmiente y niega una visión ontológica de la clase obrera. Desmiente una visión en la que los trabajadores fueron pervertidos por un liderazgo corrupto que los llevó a equivocarse de camino. Al contrario, lo que ocurrió en Argentina después de 1955 demuestra que los trabajadores fueron capaces de organizar una resistencia contra la represión sindical y política en las fábricas. Demostraron una vitalidad impresionante en circunstancias difíciles y así la legitimidad de la jerarquía sindical definió su capacidad para expresar esta experiencia y esa conciencia.

Lo anterior tiene también implicaciones para el análisis de la relación entre la ideología peronista y la clase obrera. Si bien esa ideología subraya la división de la sociedad entre la oligarquía y el pueblo, entre la nación trabajadora y los parásitos, como podría haberlo argumentado José Ingenieros (véase *El hombre mediocre*, 1913), y que en ese discurso no aparece el conflicto de clases, la experiencia histórica de la resistencia de los 1955-1958 demostró a los trabajadores que el "pueblo" era en realidad "el pueblo trabajador", por lo que la defensa de la nación estaba en manos de éste y no en las de los grupos dominantes que habían transado el proyecto nacional con fuerzas externas. Es posible pensar que la ideología peronista se acerca en más de un sentido al planteamiento de Ingenieros respecto al antimperialismo y a la nación como consustantivos de la alternativa industrializadora en América Latina. La nación se identifica así, en la ideología peronista, con la existencia de una comunidad autónoma de los "productores" que rechazan a los "parásitos" y en la que la experiencia clasista da lugar a una conciencia obrera muy paradójica en la que el apoyo a una ideología que preconiza la armonía entre las clases sociales, la subordinación de los intereses de los trabajadores a los de la nación y la obediencia al Estado paternalista no eliminan la posibilidad de la resistencia obrera y la emergencia de una cultura de oposición entre los trabajadores.

La justicia social, la búsqueda de la dignidad en el taller y del esta-

tus en la sociedad y la lucha por mejorar la posición relativa del trabajo en la distribución del ingreso se articulan en un proyecto que constituye un cemento aglutinador cuya vigencia es imposible dejar de reconocer para explicar la fuerza del sindicalismo peronista. En este sentido, el trabajo de James realiza una contribución fundamental para el entendimiento de la permanencia del movimiento peronista en Argentina.

FRANCISCO ZAPATA

ISIDRO MORALES, CECILIA ESCALANTE Y ROSÍO VARGAS, *La formación de la política petrolera en México: 1970-1986*, El Colegio de México, 1988

Esta obra se sitúa en la tradición de calidad de los libros publicados por El Colegio de México, en la colección "Energéticos" dirigida por el recordado doctor Miguel S. Wionczek. Podemos permitirnos lamentar que el nombre del responsable del Programa de Energéticos no haya sido resaltado en forma más prominente, a pesar de que, efectivamente, los autores lo mencionen en la presentación del libro. Lamentaremos también que el Programa no haya sobrevivido la desaparición de su animador, en nombre precisamente de la tradición de calidad que asociaba la imagen positiva de El Colegio de México y la investigación acerca de la energía.

El texto, para regresar a él, ofrece un mérito decisivo: el de la elección realizada sobre un eje novedoso en el análisis de la política petrolera, al privilegiar su elaboración más allá de sus formulaciones o de sus efectos. El objetivo de los autores fue comprender los mecanismos de reflexión y de decisión, o de frenaje, que determinaron o condicionaron la o las estrategias petroleras de México. ¿Qué intereses, internos o externos al país, intervinieron en la elaboración y en la evolución de la política petrolera? En forma acertada, el libro identifica dos variables decisivas. El contexto, y en particular, el mercado internacional de los hidrocarburos, por una parte, y los actores, por otra, "consumidores de opciones", según la bella expresión de los autores, ambos determinados a su vez por la coyuntura y por sus interacciones recíprocas.

Vimos, y el texto lo resalta bien, que esa dualidad se expresa simbólica y espectacularmente en la crisis del verano de 1981, con la primera baja en el precio del barril de petróleo. Por un lado, el director general de Petróleos Mexicanos (Pemex), Jorge Díaz Serrano, trataba de imponer un descenso de los precios mexicanos en nombre de las le-

yes del mercado; por otro, una parte del gabinete presidencial pretendía privilegiar una visión política del problema. El arbitraje del presidente López Portillo dio finalmente razón a estos últimos al buscar reaccionar, vanamente, en contra del mercado en nombre de la independencia nacional. Este ejemplo ilustra el interés que puede tener la problemática de los actores, cuya importancia no puede desconocerse, en paralelo o en contra de las restricciones económicas clásicas, demasiado destacadas en el análisis moderno, excesivamente econométrico, modelizador, en suma, teórico y cuantitativo. Por tanto, debemos saludar el regreso a lo cualitativo. Nos corresponde hacerlo también para apoyar el desarrollo en Francia de una tendencia que descansa en el paradigma de la complejidad de Edgar Morin y en el campo de la geografía en el trabajo del CREDAL (Centre de Recherche et Documentation sur l'Amérique Latine), en donde Jean Revel-Mouroz y el autor de esta reseña buscan promover el estudio de estos grandes —y pequeños— actores de nuestro mundo.

Otro mérito del libro reside en haber cumplido con los objetivos enunciados al comienzo y por lo tanto de haber sabido poner en evidencia la interacción de los límites objetivos y de las elecciones personales en la evolución de la política petrolera mexicana. El sentido de esta reseña no puede resumir los aportes, demasiado numerosos e importantes, y matizados, sino de incitar a leer y a descubrir a lo largo de un texto denso, y desde ángulos analíticos nuevos, el papel del sindicato petrolero y de los presidentes de la República, de los directores generales de Pemex y el de los secretarios de Estado, el peso de Estados Unidos y la influencia del grupo de presión de los “conservadores-revolucionarios”, vieja guardia de Pemex y opositores de izquierda, frecuente y curiosamente unidos...

Para terminar con los elogios, subrayemos a propósito de Estados Unidos el sentido de los matices de este libro y el análisis no siempre presente en otros trabajos de los múltiples componentes, en particular regionales, de la “política” energética de aquél país.

Los comentarios más críticos estarán referidos al plan del texto. Tomando en cuenta tanto el poder de los acontecimientos (*boom*, crisis) como el peso de los ciclos sexenales de México, era imposible evitar un ordenamiento histórico. Sin embargo, ¿no habría sido posible destacar mejor, por medio de cortes cronológicos, las continuidades de los grupos de presión y de la “vieja guardia” en particular? Quizás estamos equivocados, pero nos parece que la distribución del trabajo entre los autores fue justamente cronológico y que ello influyó sobre algunas dificultades para reencontrar el hilo de la intriga, de un actor al otro.

No insistamos sobre la bibliografía, que habría sido excelente a no ser por el olvido de algunos autores francófonos.

La crítica más importante está referida al interés mismo del libro. En efecto, al tiempo que estamos satisfechos, encontramos alguna frustración en el hecho de que el trabajo no haya profundizado más en relación con los mecanismos y los hombres responsables de esta política, incluso corriendo el riesgo de sacrificar un tanto la descripción de los acontecimientos. Por ejemplo, el papel de los grupos de presión, como la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex) o el de las personalidades, responsables de las decisiones, no siempre aparece, en circunstancias que constituían el telón de fondo de la trama expuesta. ¿Cuál fue la ideología de Beteta? ¿Y la de Oteyza? ¿Y de Moctezuma Cid? Quisiéramos conocer mejor las motivaciones de esos hombres y sus rivalidades. También habría podido ligarse mejor el petróleo a la problemática de lo nuclear. Conocer mejor la "Comisión de Energéticos" y buscar un vínculo entre lo económico y lo político. Estas preguntas quizás traicionan el apetito exagerado de un especialista...

Nos queda, para concluir, y después de haber insistido en el balance positivo de un libro que se atrevió a traspasar las viejas fronteras de las disciplinas científicas para ser un verdadero tratado sobre la energía, esperamos que las pequeñas lagunas se expliquen más por el problema —que conocemos muy bien— de las fuentes en un tema como éste, que a una cierta forma de autocensura (¿?), respecto de las implicaciones no económicas de este estudio.

ALAIN VANNEPH

JORGE LAZARTE, *Movimiento obrero y procesos políticos en Bolivia (Historia de la Central Obrera Boliviana-COB, 1952-1987)*, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz, 1988

El lugar de la Central Obrera Boliviana (COB) en la historia posrevolucionaria del país andino (1952-1987) constituye el objeto central del libro que Jorge Lazarte ha escrito a partir del análisis de sus congresos, y del sentido que la práctica política de la confederación pudo tener y tiene en la trayectoria del movimiento obrero boliviano. En esta obra Lazarte ha superado las expectativas de cualquiera que esté interesado en conocer el impacto de la COB en el proceso sindical y político de Bolivia. Como conocedor y participante de esta historia, Lazarte puede presentar una versión que será difícil superar en el futuro, pues los datos que incluye se derivan no sólo de la lectura atenta de los do-

cumentos producidos por la Central sino también de interpretaciones de la vida misma de la organización en sus congresos. Además, al final del texto, aparecen claramente las posibles derivaciones de las decisiones de los delegados en los congresos para la política nacional.

De 1952 a 1987 la COB celebró siete congresos, los cuales constituyen la unidad analítica central del libro: el I del 31 de octubre al 17 de noviembre de 1954 en La Paz; el II del 1 al 14 de junio de 1957 en La Paz; el III del 1 al 11 de junio de 1962 en La Paz; el IV del 1 al 11 de mayo de 1970 en La Paz; el V del 1 al 8 de mayo de 1979 en La Paz; el VI del 3 al 15 de mayo de 1984 en Cochabamba y el VII del 6 al 12 de julio de 1987 en Santa Cruz. Es a través de la reconstrucción minuciosa de lo ocurrido en cada congreso y de la coyuntura política global en la que cada uno de ellos tuvo lugar, de las tesis presentadas, de los incidentes electorales, de las reacciones de los distintos sectores constitutivos de la organización (mineros, petroleros, obreros industriales, etc.), las decisiones tomadas con relación al vínculo con el aparato del Estado y de muchos otros aspectos, que aparece la vida de la COB en toda su magnitud. No obstante el interés que tiene la narración de los hechos, lo que nos interesa resaltar aquí es la *opción metodológica*: reconocer e identificar la vida de la COB con lo que fueron sus congresos, esas instancias en las que se concentra el propósito, el sentido y en las que se articula una acción que deberá ser producida en los años siguientes a su realización. La ventaja de dicha opción es que se puede contar con numerosos materiales, cuidadosamente presentados (es decir, sin introducir juicios de valor del autor), que rinden cuenta de lo que fueron esos acontecimientos privilegiados de la vida de la COB. Podríamos decir que ya con esto estaría cumplido el objetivo del trabajo.

Sin embargo, no es sólo por la reconstrucción de lo ocurrido en los congresos de la Central que el esfuerzo de Lazarte toma su sentido: la opción metodológica señalada permite visualizar también la trayectoria ideológica de la organización. Es decir, los congresos constituyen la instancia en la que los trabajadores bolivianos discutieron y decidieron acerca del sentido que debía tener la acción de su confederación. El privilegio dado al análisis de lo ocurrido en los congresos permite observar cómo se pasa de las posiciones de 1954, en que se defiende la necesidad de que el sindicalismo tenga una liga consustantiva con el naciente Estado revolucionario en contra de las posiciones defendidas por los comunistas, que pugnaban por la independencia del sindicalismo en relación al Estado, a las posiciones de 1987, según las cuales lo que antes era radicalmente rechazado aparece como una opción disponible para la COB. Vale la pena citar la declaración del congreso:

Los que nos aconsejan independencia sindical, como los comunistas, que

tanto éxito tuvieron en su política contrarrevolucionaria y antipopular, quieren hacernos vivir en 1954 los mismos errores del anarcosindicalismo de tan triste recuerdo en la Guerra Civil Española. La independencia sindical nos condujo al 21 de julio de 1946. Por ello nuestro puesto es al lado del gobierno, luchando con él contra las fuerzas que se oponen a la profundización de nuestra revolución (p. 20).

Todo ello a pesar de que aún subsista el discurso estatista, en el que la central busca conciliar su papel de representante de las demandas de los trabajadores con el de aspirante a la gestión estatal (como fue en el Congreso de Santa Cruz; véanse los nueve puntos del Pliego Único Nacional correspondiente a la resolución 32 del Congreso). Sobre este punto, Lechín afirmó en 1962:

No se deslindaron con claridad los campos de la ideología revolucionaria y la reformista. Es así que se produjo el contraste entre el ideal y la realización entre nuestros objetivos ambiciosos y lo poco que hemos alcanzado. Hoy existen líderes sindicales, inclusive del MNR y algunos funcionarios de gobierno que echan leña a la hoguera de la conmoción social y política, pero debemos preguntarnos: ¿quieren los obreros y campesinos que caiga el actual gobierno? No tenemos ninguna alternativa que la conservación del régimen revolucionario, pero el MNR y el gobierno saben perfeccionarse metas, superar sus errores para recuperar el respaldo fervoroso y militante de las masas..." (p. 41).

Quizá sea esta la dimensión más significativa que sobresale del uso de los congresos como expresión de la trayectoria de la COB. La tensión entre la representación y la gestión, entre el sindicalismo y el movimiento obrero (como orientaciones básicas de las alternativas abiertas para los trabajadores) es el eje rector de lo ocurrido en los congresos y seguramente en la propia conciencia del proletariado boliviano.

Pues, la tensión mencionada se hace presente en los desafíos que debe enfrentar la COB, partiendo del cuestionamiento del Plan de Estabilización propuesto por Siles en 1957 hasta el decreto 21060 de 1985, pasando por el Plan Triangular de 1961 y la dictadura de Banzer. En todos estos momentos, la COB busca mantener la tensión entre la defensa del nivel de vida de los trabajadores y la mediación estatal que la haga posible. El relativo éxito en haber *durado*, es decir, en haber podido mantener la legitimidad frente a los trabajadores, demuestra la capacidad de los dirigentes, de los delegados a los congresos para sortear los intentos por ponerla en jaque, que no faltaron en toda la trayectoria de su acción.

A pesar de la importancia del tema de la tensión representación-gestión, que permite visualizar de manera global la trayectoria de la

COB, existe un tema que permite explicar lo consistente y articulado del proyecto de la central: la centralidad de los mineros en el sindicalismo boliviano y en la propia COB. En efecto, los mineros desempeñan el papel "dirigente" en la COB; ellos constituyen el discurso inicial (esencialmente por la herencia que la tesis de Pulacayo de 1946 acarreó para el movimiento obrero boliviano en su conjunto) y son los que, por medio de la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia (FTMB) y de su peso en la estructura de la COB, desempeñan los cargos más altos de la central. Por intermedio de Lechín, Escobar y Reyes, la COB adquiere consistencia en su devenir histórico: son los debates entre los mineros que se trasladan a la COB. Si bien es obvio que fue el peso que la minería tiene en la economía boliviana el que les dio esa centralidad, al hacerlos estratégicos en el proceso de acumulación, también es indispensable considerar que tal posición en el movimiento obrero boliviano se explica por el desarrollo ideológico alcanzado por los mineros. Dicho de otra manera, la FTMB es la que preside la negociación entre el Estado y el movimiento obrero. Así, la COB es un reflejo de la acción de la FTMB y ello aparece claramente en la descripción de lo ocurrido en los congresos.

De las consideraciones anteriores se deduce claramente que cuando la minería entra en crisis en los años ochenta la centralidad de los mineros en el movimiento obrero también lo hace; además, como remate del proceso, la COB experimenta una fuerte tensión que tiene que ver con el remplazo de los mineros como categoría de articulación de la acción de la central obrera. Así, la crisis minera lleva consigo cambios en las formas de decisión dentro de la COB. La salida de Lechín, la entrada de los campesinos y, en términos generales, la diferenciación interna de la COB ha suscitado nuevos problemas en la organización. Éstos se derivan de los cambios estructurales por los que pasa la economía y el sistema político bolivianos. Resultan también de los cambios en la estructura de la población económicamente activa y en la forma de integración al mercado de trabajo de categorías sociales que no gozan ni de estabilidad en el empleo ni de afiliación sindical reconocida. Dicha situación plantea nuevos desafíos para la COB, los cuales aparecen incipientemente en las discusiones del Congreso de Santa Cruz, punto de partida de un interesante proceso de interrogación de la COB acerca de su futuro, que no podrá ser otro que el de la consolidación de una nueva base social, identificada con la capacidad de la COB para organizar sindicatos y formar cuadros dirigentes en las nuevas categorías sociales que han surgido en Bolivia como resultado de los cambios políticos y económicos recientes.

Ahora bien, el análisis de lo ocurrido en los congresos de la COB es sólo una, la más sustantiva del libro de Jorge Lazarte, pero habría sido insuficiente limitar la exposición a esos aspectos. Por ello es que

el libro contiene una segunda parte interpretativa de las relaciones entre la COB, el Estado, el sistema político y la sociedad. En ella se retoman algunas de las cuestiones tratadas en la primera parte, destacando acontecimientos como la huelga fracasada de junio de 1957, el apresamiento de Lechín y la huelga "insurreccional" de mayo de 1965 y los sucesos más recientes, como las jornadas de marzo de 1985 y la huelga de septiembre contra el decreto de Paz Estenssoro (21060). Se trata aquí de subrayar la forma en que la COB enfrentó cada una de esas coyunturas y cómo éstas repercutieron en su capacidad de representación de los trabajadores. En la tercera parte se abordan cuestiones relativas a la estructura y el funcionamiento de la COB, buscando caracterizar cómo los trabajadores de distintos sectores de la producción se relacionaron con la central, incluyendo un apartado sobre las relaciones con los intelectuales; en éste se distingue el vínculo que tuvieron los de izquierda (escasos) y los "movimientistas" (MNR). Aquí sobresale la gran dedicación que algunos intelectuales pusieron en la colaboración con la COB para tratar de asesorarla en coyunturas particularmente difíciles.

Para culminar este apartado se menciona la redefinición que han experimentado los vínculos entre los intelectuales y la COB, al pasar éstos a desempeñar funciones técnicas que no necesariamente se confunden con la línea política que sigue la central. Se diferencian entonces de la relación que tenían ambos en los años cincuenta y sesenta, mucho más cercana de la concepción del intelectual orgánico.

Por último, en la cuarta parte, Lazarte busca puntualizar, quizás un tanto rápidamente, lo que denomina las funciones de la COB: aglutinante, mediadora, contestataria, expresiva, estabilizadora y de poder. De cierta manera, esta distinción es meramente analítica ya que, en los hechos, la COB las desempeñó todas en paralelo y es más bien la denominada "matriz histórica fundante" (p. 250) la que constituye el núcleo del análisis y que vale la pena reproducir:

En última instancia, la correspondencia entre las características y dimensiones de la COB, lo que les dio unidad y las explica, la base implícita de su lógica de acción, y de la pertinencia de su ideología y discurso, así como la capacidad del actor, fue la matriz histórica de 1952. Resultante de una insurrección popular victoriosa, la COB fue la estructura aglutinante de los sectores subalternos movilizados como "pueblo" y expresó la fuerza colectiva recién adquirida y manifestada en las milicias obreras armadas; los representó en el gobierno y les sirvió de canal de participación en el nuevo sistema político, articulando sus demandas nacionales y luego sus reivindicaciones sociales; al mismo tiempo, la COB hacía de referencia ideológica y de garantía de que la revolución tendería a la realización de un mundo sin explotadores ni explotados (p. 250).

Los tres últimos apartados de la cuarta parte definen las limitaciones de esa matriz histórica fundante para encarar la presente coyuntura. Se han puesto en duda las funciones mencionadas y se hace difícil realizar la “lógica de acción maximalista” propia de la central. Todas las formas de acción que la central había adoptado, la huelga general, la referencia constante al Estado en la negociación de la condición obrera, y las bases que poseía para ejercerlas, entre las que sobresale su apoyo en los mineros, se han ido degradando, al punto de que “la opción de futuro” descansa en una matriz muy diferente de la que partió en el 52. El Estado no es más el objetivo primordial de la movilización contestataria, la que no puede articularse sólo a partir de la búsqueda del poder político. Por otro lado, la diversificación de la sociedad, su heterogeneidad y la aparición de nuevos sectores laborales lleva a la existencia de una realidad “plural”, imposible de fundir en un discurso único, como fue el que se originó en las minas. En tercer lugar, y en ello el análisis reencuentra los temas de la redemocratización en marcha en Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, se trata de concebir a la democracia como expresión de esa sociedad plural en la que todos los actores deben encontrar una autonomía que hasta ahora ha estado ausente de su quehacer. Estas conclusiones impactan sustantivamente a la forma que debe asumir la acción sindical, la que ya no puede ejercerse con base en la lógica de la guerra y debe pasar a la negociación técnica de los asuntos propios de la clase obrera. Así, para que la impugnación sea eficaz la tendencia al opositorismo sistemático debe reemplazarse por “una actitud constestataria selectiva y argumentada”.

Visión global, descriptiva y analítica de la trayectoria y del sentido de la COB, el esfuerzo de Lazarte deberá ser lectura y reflexión obligada para todos los que comparten, con él y con los trabajadores bolivianos, ese *ethos* de un proletariado situado en un altiplano lejano y agreste pero muy presente en el proceso de formación de una identidad de clase en América Latina.

FRANCISCO ZAPATA

JORGE ZEPEDA PATTERSON, *Michoacán: sociedad, economía, política y cultura*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988

“La provincia —dice Zepeda al iniciar su libro—, ha sido protagonista perseverante en la historia nacional...”, la mayor parte protagonis-

ta y escenario inesperado, donde se empalman los acontecimientos del país y los de sus pueblos, enclavados en sierras y valles michoacanos. Para el autor, Michoacán ofrece un ejemplo de los fenómenos contemporáneos: es tierra de experiencias revolucionarias, de agrarismos radicales paralelos a conservadurismos de antigua raigambre: “cuna del cardenismo y corazón de la cristiada. Bastión del prismo rural y esperanza del panismo en ciudades medias” y ahora de la esperanza del perredismo, sociedad de contrastes cuyo producto no es un promedio entre ambos.

Como el ambicioso título lo intenta abarcar, el libro de Zepeda Patterson ofrece un panorama casi completo y casi contemporáneo del estado de Michoacán; es una obra en la que, como es costumbre, el escenario descrito permite muchas más lecturas. Casi completo porque el autor se vio obligado a circunscribir su trabajo al conocimiento bibliográfico y, en forma limitada, analítico de su estado; y casi contemporáneo porque su obra termina donde comienzan los problemas políticos probablemente más álgidos en la historia de su estado. Asimismo, se ofrece un apéndice mínimo, añejo e incompleto, con las medidas de Michoacán.

Producto de una larga averiguación sociológica, el libro es también un producto colectivo, pero con una patente personal. Sus niveles de análisis son fundamentalmente descriptivos; en muchos casos su contenido es original, aun cuando en sus explicaciones no deja de abundar en ciertos lugares comunes, o de atribuir al centro nacional los pecados de mucho de lo que sucede en su entidad.

Buena parte del material utilizado se sustenta en trabajos de investigación recientes, que han generado su propia información; además, el autor ofrece una bibliografía política sobre Michoacán que, por su interés, deja al autor muy intrigado e insatisfecho en la búsqueda de explicaciones del presente; sin embargo, buena parte de las estadísticas proviene de fuentes secundarias, así como de trabajos que, si bien importantes, por su temporalidad hubiera merecido una contemporaneización del autor. Esas fuentes repiten lo que ya se ha dicho, por ejemplo, sobre el movimiento obrero en Las Truchas.

Lo mismo sucede con la información utilizada para vincular al estado con la nación. Esto lo lleva a reproducir en mucho, pero en chiquito, lo que se dice del ámbito nacional, las grandes verdades nacionales.

Con esta base informativa, el autor ofrece una interesante descripción de las situaciones y de los actores políticos fundamentales en el estado: una estática y además una dinámica del poder. Pero la descripción no rebasa una mejor interpretación de los fenómenos. Así por ejemplo, entre los elementos explicativos que recorren buena parte del texto, encontramos lo que el autor llama “cultura política”, que agru-

pa en un conjunto laxo de actitudes, “prácticas” y creencias de la población y sus gobernantes, pero que nunca se encuentran definidas como una firme pauta de acción y movilización políticas.

No obstante, el libro contiene también una serie de méritos en cuanto al conocimiento de la situación económica y social del medio michoacano. Presenta una interesante descripción de la variedad de “ambientes ecológicos”, que conforman lo que el autor intenta constituir como la *michoacaneidad*, que se centra en cuatro ejes: a) un espacio rural accidentado y *fragmentado*, poco articulado entre sí, por un rosario de ciudades medias rivales; b) un inmenso y extraordinario crecimiento agropecuario, plagado de claroscuros y conflictos; c) un tejido social de contrastes étnicos, y d) una *cultura política* cruzada por impulsos encontrados de un conservadurismo popular y rural de viejo cuño y un cardenismo local de tintes chovinistas. Ese alineamiento social, más que político, surge de una estructura productiva con escasos sectores industriales, como el enclave de Lázaro Cárdenas, lo que hace de Michoacán un estado eminentemente agropecuario y productor de migrantes. Y además de los contrastes regionales, están los sociales, con una pobreza rural y urbana paralelas al desarrollo regional.

En contraste con la novedad de esta monografía, sería deseable presentar un mejor análisis del impacto del fenómeno migratorio, así como de la relación entre los gobiernos federal y estatal, pues son vistos como agente de una doble foraneidad, nacional y regional.

A partir de estos elementos, el autor configura el escenario político de su obra donde, como resultado de la fragmentación, de la desigualdad regional y de la heteronomía, el estado carece de un centro hegemónico (como muchas entidades, la capital y su gobierno son débiles) o de un proyecto regional (como muchos otros estados, pero no todos); esto sugiere la presencia de un sistema *dendrítico*, que valdría explorar como modelo explicativo de la política, dada su vinculación con Guajalajara y la ciudad de México. Adicionalmente, el autor presenta una valiosa evaluación de las ciudades michoacanas e intenta definir su perfil político.

En el capítulo n, intitulado “Cultura política”,¹ describe “una manera regional de visualizar el mundo, de concebir al poder, de participar...” o no en la sociedad estatal. Así se muestran el catolicismo, el conservadurismo rural, el comunalismo indígena, el nicolaicismo y los arraigos regionalistas. También se anota la necesaria descripción del cardenismo y sus cardenistas, donde: “ser cardenista remite a cosas distintas antes y después de la administración de Cuauhtémoc Cárdenas, antes o durante la gestión de Luis Martínez Villcaña.”

¹ Basado en el trabajo de Eduardo Nava.

A partir de entonces, el autor combina los “impulsos ideológicos locales” con los efectos de la migración, la cultura de Televisa y “la modernidad”, para elaborar un análisis más complejo y novedoso de la política local en movimiento. Así, los ejes de la cultura serían el comunalismo indígena, el cardenismo michoacano, el conservadurismo popular, el nicolaísmo, el regionalismo y el problema de la “representación”.

Entre los aspectos más importantes del trabajo se encuentra precisamente el de la evolución social del estado, frente a un esquema de representación que no ha importado movimiento alguno por cerca de cuarenta años, o que favorezca la participación de los nuevos actores en la vida política michoacana. Según Zepeda, aquí la constante es:

...una concepción de los procesos políticos en términos de intermediarismos, caciquismos, manipulación. La cultura política de la entidad, se nutre de una serie de prácticas que son comunes al país en su conjunto... Las relaciones entre el Estado y el ciudadano, entre las leyes y el poder, y las actitudes que de aquí resultan, se dan en el marco de un sistema político que trasciende a la región.

Las redes que articulan el poder operan sobre la base de la representación autodesignada, y no de la participación. El ejercicio del poder es materia de “los políticos”, y los grupos sociales son objeto de la política, clientelas pasivas de sus representantes. A la representación autodesignada corresponde una cultura política del escepticismo y la resignación; la ciudadanía es una ficción. En Michoacán esto produce el paternalismo institucional, con los caciques como intermediarios. Pero este intermediarismo ha cambiado en las zonas donde se ha desarrollado la agricultura comercial, porque el cacicazgo se ha fragmentado, entre el poder de la burguesía agrocomercial y el de la burocracia federal, y un fenómeno disgregador del poder parece apreciarse en las ciudades.

Además de esos elementos del poder institucionalizado, destacan también algunos ex gobernadores, aun cuando el autor indica que ninguno de ellos ha sido capaz de formar un grupo político. Asimismo, el trabajo muestra que la burguesía del estado se encuentra fragmentada, por lo que la iglesia sigue siendo uno de los elementos de articulación del poder importante.

Por lo que se refiere a las clases subalternas, el autor analiza los movimientos sociales en el campo y en las crecientes ciudades michoacanas, donde a ese vertiginoso crecimiento sigue un gobierno incapaz de suplir las demandas básicas, pero que muestra también la debilidad de los movimientos urbanos, en la medida en que se les entregan títulos o servicios.

Por lo que se refiere a los partidos políticos, la primera afirmación del autor es que no son organismos de base regional, sino sucursales institucionales de un circuito nacional, excepción hecha del panismo zamorano y de algunos núcleos de pedemistas rurales. Por otra parte, la entidad manifiesta la poca participación política, que se asocia con un PRI que estaba acostumbrado a sacar 75-85% de la votación, siguiéndole el PAN con un 8-15%, luego el PDM con 3-5% y quedando un residuo del resto de los partidos, que llama oficialistas, quienes, sumados, alcanzan una votación de 2.5%, izquierda débil y con tendencia al descenso de su aceptación electoral.

Destaca que el PRI depende menos de su estructura sectorial en el estado, que es casi sólo formal, y por ello depende más del gobernador, o de los senadores o diputados. El autor también apunta cómo la oposición, más que estatal, se localiza en ciertas regiones, como el PAN en Zamora, Uruapan y Zacapu, parte de un ascenso municipal en los años ochenta.

Por lo que respecta al entonces PSUM, el autor indica que hasta hoy no ha tenido gran presencia en el estado, pese a la importante participación de grupos comunistas en luchas agrarias y universitarias. Muestra cómo la reforma política de 1979, con un necesario reagrupamiento de fuerzas en Zacapu, Lázaro Cárdenas y Apatzingán, le dio sus mejores votos: de 15 000 a 18 000 en las elecciones de 1983. Pero en las elecciones de 1986 apenas alcanzó 3 800 votos, cerca del 0.6% del total emitido. Y el PPS, el PST *et al.* (PMT) resultan menos que grupos corpusculares que luchan por reivindicar movimientos con intereses particulares.

En el contexto electoral, los comicios municipales han revelado las potencialidades y dificultades de la reforma electoral de 1979, pues a los michoacanos sólo les interesa ese tipo de elecciones. Esto explica en parte el abstencionismo en las elecciones del congreso estatal, y en las de gobernador o diputados, que, en opinión del autor, sólo conmueven a la clase política local, no obstante que, en julio de 1989, eran uno de los nodos articuladores de la crítica nacional a las prácticas dominantes del PRI y del gobierno nacional.

Según el autor, las diputaciones locales son importantes casi exclusivamente como semillero de cuadros políticos, y las campañas son un termómetro para ver los tamaños de un político en ascenso, o los restos de uno en descenso. Lo que se dice de los diputados locales vale para los federales y, sin contraste, las elecciones de gobernador son un mero trámite. Cabría preguntarse si nos podríamos permitir un paralelismo con la actuación de los partidos.

Lo más interesante y problemático del trabajo consiste en la posibilidad de explicarnos la actual situación política de Michoacán y por supuesto su papel nacional.

En lo que se refiere al momento interpretativo de la cambiante situación política en Michoacán, dos aspectos ocupan buena parte del esfuerzo del autor. El primero es el creciente panismo michoacano, que parece nutrirse de las vetas del conservadurismo y del desarrollo de la participación urbana, particularmente en Zamora, pero también en otras importantes ciudades del estado, como Morelia, Uruapan y Zacapu, por lo que Zepeda lo considera un fenómeno generalizado en las ciudades medias. Por ello, en las elecciones de 1985 se dio el caso inédito de que el PRI perdiera el distrito de Zamora, que mostró coyunturalmente dos cosas: la creciente tirantez entre el centro nacional y el gobernador, y la negociación del primero con el PAN. Pero el desarrollo del panismo no se quedó en coyuntura pues sigue teniendo, a pesar de los arrebatos del PRI ahora, un importante bastión electoral en esas urbes.

El segundo tema consiste en la veta más importante de la coyuntura actual, donde el autor nos ofrece una serie de claroscuros. ¿Qué pasa con Cuauhtémoc Cárdenas y con el "neo" cardenismo? ¿Cómo explicar que Michoacán y un gobernador electo con sólo el 50% del padrón electoral y que encabezó un gobierno con un saldo de aciertos y desaciertos que dejó insatisfechos a sus ciudadanos —e incluso generó reacciones en su contra—, se convierta, contra toda esperanza, en el principal objetivo de la política nacional? ¿Cómo entender que un gobernador con un "tibio" proyecto político legalista y de renovación democrática se convierta en objetivo político y casi militar del Estado?

Ciertamente las variables y el alcance del estudio no tienen por qué comprender aquellos acontecimientos nacionales que han afectado la esfera de toda nuestra política nacional, pero sí nos obligan a repensar nuestros juicios sobre el "experimento" del ingeniero, que ya no está en caminos de convertirse en mera historia regional. Esto, más allá de mis reclamos, porque esa administración representó, en primer lugar, una alternativa a la relación de subordinación (o intermediarismo típico), que los gobernadores contemporáneos tienden a jugar, entre la cúpula del poder nacional y sus estados. Y en segundo lugar, porque el reproche es una frustración común por no poder entender, con todos los elementos de un rompecabezas sólidamente armado, lo que está sucediendo en Michoacán y mucho menos en la nación.

A partir de aquí la experiencia de Michoacán tendría que ser reexaminada; igual deberían encontrarse elementos para explicarnos la actitud del ingeniero hacia la política partidista y hacia las elecciones, pues, contra lo que establece Zepeda, la izquierda que antes desconfiaba de él y prefería la independencia, hoy forma parte de su movimiento, y porque como gobernador, y parece que aún ahora, su actitud hacia los procesos electorales es ambigua y llena de claroscuros, que en el contexto de su gubernatura, significó mayor respeto y tolerancia a

la oposición y una propuesta democratizadora a la maquinaria priísta estatal, pero que si levantó polvos, también provocó reacciones y enmoheció expectativas. Frente a esto el autor manifiesta, en descargo del ingeniero, cómo la correlación de fuerzas le fue invariablemente desigual, y agrega sin embargo que ese cardenismo debería aún recuperar algunos pasajes del cardenismo de ayer y no sólo su virtud de haber sido esfuerzos estatales en favor del cambio.

Ciertamente, el autor logra méritos importantes en su análisis de la administración del ingeniero, al mostrar el deslinde político que se realizó durante su gestión, entre su proyecto gubernamental, y el cardenismo existente en la entidad, plagado o enquistado por grupos de intereses creados. Analiza también la propuesta del ingeniero por democratizar la elección de candidatos al interior del PRI, que abrió una caja de pandora cuando los grupos marginados buscaron la posibilidad de desbancar a los caciques del control municipal. Esto llevó en 1983 a que en más de 40 municipios se generaran importantes movilizaciones y conflictos (en 107 ayuntamientos ganó el PRI y en 6 la oposición) y a que en 1986 las cosas cambiaran, pues hubo el propósito de eliminar esa influencia reformadora en la selección de candidatos y restablecer los procedimientos tradicionales.

Después de un somero pero sustantivo análisis de la política michoacana en movimiento, el autor redacta un epílogo sobre las perspectivas de la democracia (en Michoacán), que deja con mucho varios cabos sueltos, aun cuando plantea una agenda de temas claves en el desarrollo de los acontecimientos pues, como lo indica Zepeda, en la historia del estado abundan líderes y luchadores sociales que en ciertos periodos propiciaron reformas importantes. Deja en claro que la resultante histórica de la "michoacaneidad" es una sociedad autoritaria, desigual y subordinada. Entonces, la modernización política puede significar una transformación de las modalidades de intermediación política y un debilitamiento de los interlocutores, corporativos o no, del Estado; pero allí también está lejos, precisamente, un cambio en las relaciones entre sociedad y Estado, en una situación donde los aparatos políticos se encuentran, ya, rebasados por una más compleja sociedad local, lo que deslegitima las prácticas vigentes de gobierno y, tal vez, de las agrupaciones políticas que hoy depositan sus expectativas en la entidad.

Pero donde quisiéramos empezar a explicarnos el Estado y su situación actual es donde el autor nos indica que estamos tan lejos de entender el sistema michoacano, como lo estábamos en la primera página de su libro. Si bien se prevé una mayor conflictividad de las relaciones entre la sociedad y el gobierno estatal, fenómeno que parece ser también nacional, se encuentra una creciente conciencia de grupos subalternos de que es más fácil alcanzar reivindicaciones del Estado esta-

bleciéndose más como interlocutor, no necesariamente antagonico, que como subordinado institucional.

Por otra parte, al cerrar su discusión sobre las posibilidades de la democracia, el autor inclina nuevamente la balanza hacia la situación nacional, planteando claramente que el autoritarismo y la desigualdad sociopolítica del Estado marcan serias limitantes al desarrollo de un fenómeno democrático, y porque los michoacanos no son un pueblo movilizado, participativo, no obstante las irrupciones de movimientos de raíz popular que impregnan su historia. Además, "la fragmentación regional, la desarticulación de los grupos populares, las muchas lógicas económicas y políticas que rigen los distintos escenarios de Michoacán, inhiben la posibilidad de un movimiento regional con capacidad de impugnación real al Estado, frente a la mayor probabilidad de que los grupos populares experimenten un reflujo en los próximos años, y pierdan sus aristas más radicales". De allí que los empresarios constituyan una pieza central en la estrategia del Estado. Queda entonces una duda sobre el sentido que tendrá esta ambivalente tendencia popular hacia su organización, frente a la probabilidad de un reflujo de la misma: ¿qué papel desempeñarían los partidos en dar cauce a esta ambigua participación popular, para impulsar no sólo las expectativas sociales locales, sino sus propias plataformas políticas?

Así, el libro describe un largo inventario de las fuerzas políticas, de los actores y de las anécdotas que participaron e integran la elaboración de la política michoacana, hasta cerca de septiembre de 1987, pero que, en definitiva, parecen ser negados desde mayo de 1988 hasta las elecciones de julio de 1989.

Eximiendo de responsabilidades al autor por los acontecimientos de 1988 y del presente año, pues el libro se escribió en 1987, cabría de todas formas preguntarle por qué no haberse molestado en prever lo que un tieso ingeniero podía lograr contra el sistema nacional; por qué no indagar lo que podría suceder y lo que se podría haber dicho, incluyendo otros factores en el rompecabezas de la entidad o, incluso, haciendo un distinto y más profundo trabajo de investigación sobre la cultura política y las relaciones de fuerza en Michoacán; cabría también plantear otras preguntas al muy meritorio trabajo de Zepeda.

¿Cómo se logró la formación local de ese amplio frente de afrentas, alegatos y oposición que significó el FDN, ante la inexistencia de un proyecto o ideología política coherente de esos grupos? ¿Cómo explicar la enorme diferencia en la participación local en las elecciones de 1988, que convirtieron esos votos, más que en un trámite, en una posibilidad real de gobernar y bastión importantísimo de los triunfos del FDN en 1988? ¿Y qué sucedió el 2 de julio de 1989? ¿Qué y cómo lavar del reclamo democrático del ingeniero y sus seguidores, particularmente a la luz de las ambigüedades y claroscuros políticos de su ad-

ministración y su grupo? Y por supuesto, ¿cuál podrá ser el desenlace mediato de esa movilización en un estado poco participativo y con una cultura política autoritaria? ¿Por qué ese desplazamiento de la segunda fuerza electoral, conservadora en el Estado, por un conjunto grupal de actores y plataformas políticas que, después de muchos años de resistencias, desconfianzas y afrentas, entregaron y entregan completamente sus organizaciones al servicio del nuevo antilíder nacional? ¿Qué desenlace podemos esperar del escenario local de confrontación de dos agrupaciones políticas nacionales que, surgiendo de una misma veta y tradición políticas, se disputan ahora la administración de la política michoacana, así como las posibilidades de su sobrevivencia, por un lado, del estatu quo, frente, por otro lado, a la lucha de un partido que busca enraizar su derecho a la permanencia? Finalmente, ¿cómo entender que en la provincia michoacana se decida nuevamente el destino de la vida partidaria y del régimen político del país, cuando el libro patentiza el dominio histórico de lo nacional frente a las aspiraciones locales?

Sin duda, el libro de Zepeda es de importancia primordial para quienes conozcan o deseen penetrar en la historia de la provincia mexicana. Es un avance importante del esfuerzo por comprender lo que las provincias significan en nuestra compleja sociedad nacional. Sería deseable, entonces, que el autor nos ofreciera una explicación de los acontecimientos contemporáneos, ya como ruptura o continuidad de las tendencias que ofrece en su investigación.

ARTURO ALVARADO